

espíritu del siglo, en el grito de la naturaleza y en la justicia de la historia.

El señor Esteva ha empezado á replicar en el *Federalista* á lo que decimos en nuestro artículo sobre cuestiones históricas. Nos favorece con lisonjeras palabras, hijas de su bondad, que le agradecemos mucho, é insiste en lo que asentó en su primer artículo. Nosotros hemos puesto fin al nuestro, porque nos cansamos de escribir á la carrera sobre un asunto que requiere mas sosiego y espacio del que tenemos ahora.

(LA IBERIA de 18 de Abril.)

CUESTIONES HISTÓRICAS.

VII.

Algunas reflexiones sobre esta polémica.—Pintura horrenda de la conquista y de los conquistadores.—Nada tiene que ver la libertad de México con esta cuestion histórica.—Ya el elemento español no es arma de partido.—Fanáticos que aborrecen á los españoles, y liberales que los quieren.—Las ideas antiguas y las modernas.—Imparcialidad en esta cuestion.—Grandeza y poesia de la conquista.—Cristóbal Colon, doña Isabel la Católica, los teólogos de Salamanca.—Defiéndese el título de héroe que la historia da á Hernan Cortés.—Verdadera idea del heroísmo.—Recuerdo de algunos héroes y de algunos hechos heroicos.—Dificultades de la conquista.—Valor heroico de Guatimotzin y de sus guerreros.—Valor y genio de Hernan Cortés.—Varios hechos de la conquista.—Flaquezas del héroe.—Alejandro Magno.—Los amores con doña Marina.

El señor don Gonzalo Esteva ha publicado en el *Federalista* otros tres artículos sobre este asunto, contestando á lo que sobre él hemos dicho nosotros. Más adelante se verá hoy el primero, y en otros dos dias reproduciremos los otros dos.¹

Aunque nosotros hemos dado punto á la cuestion, bueno será que repliquemos algo, aunque sea rápi-

¹ Reproducía yo en la *Iberia* los artículos del señor Esteva, pero aquí no es posible.

damente, á algunos pasajes de ese artículo; y para abreviar, no citarémos sus palabras, sino que dejaremos á nuestros lectores que vean por sí mismos á qué pasajes se refieren nuestras réplicas.

No hay miedo que esta polémica encienda odios apagados: hemos llegado á una época en que los hábitos de la libertad hacen que los hombres puedan discutir sin enojo sobre las mil cuestiones que pueden dividirlos, sin que la divergencia de pareceres amengüe en nada la estimacion que se tengan. Esta es una de las ventajas que lleva nuestro siglo á los pasados. Por otra parte, la manera con que el señor Esteva y nosotros ventilamos esta cuestion, aleja todo temor en este punto. Él y nosotros somos ahora tan amigos como antes: España y México continuarán estimándose (aunque sin ficciones ni ceremonias diplomáticas) como dos pueblos amigos; y entre los mexicanos y los españoles que residimos en México, no han de alojarse esos vínculos de fraternidad que siempre unen á los que, cobijados por el mismo cielo y sustentados por la misma tierra, viven y trabajan juntos, y gozan ó sufren los placeres ó las penas de la vida mezclados unos con otros.

Horrenda es la pintura que hace el señor Esteva de la conquista y de los conquistadores. Si fuera exacta, seria preciso confesar que la raza española de América procede de padres bien malvados; pero no, no tiene por qué avergonzarse de su ori-

gen, ni los miembros de ella que se portan mal, pueden disculparse con que la maldad les viene de herencia; porque la verdad es que no fueron unos monstruos sus progenitores, aunque muchos fueran malos, y aunque los mas buenos tuvieran manchas en su conducta como todos los hombres las tienen.

Por tratarse de la causa de la libertad y de la patria dice el señor Esteva que no ha querido confesarse vencido. Nosotros creemos que nada tiene que ver esta cuestion con la patria ni con la libertad, supuesto que se trata de historia. Lo que fué, fué, bueno ó malo, y lo que es, es, malo ó bueno, sin que importe nada para el caso, que la conquista fuera un baldon ó una gloria, y los conquistadores unos foragidos ó unos héroes.

Pasó ya el tiempo en que el elemento español era una arma de partido en este país, invocándole unos como sinónimo de retroceso y otros como señal de buenas y saludables tradiciones. Hoy puede un mexicano hablar bien de sus padres los españoles, y ser más liberal que Riego; y puede otro maldecirlos, sin dejar de ser tan fanático como Torquemada. De todo esto hemos visto algo nosotros desde que estamos aquí. Por lo demas, ya hemos protestado contra la idea de que el elemento español es sinónimo de retroceso. La España de hoy es tan liberal como cualquiera otra nacion del mundo; y si esto no basta, tenemos de cierta especie de liberalismo hasta de sobra.

Juzgar á los antepasados con el criterio de nuestras ideas modernas, no es acertado ni justo, ni tampoco lo es combatir sus errores á nombre de las actuales ideas progresistas. Demasiado favor nos hacemos con creer y decir que sabemos más que nuestros abuelos, sin que abusemos de esta *superioridad* que nos conferimos, para maltratarlos é injuriarlos, como si hubiera sido culpa suya nacer cuando nacieron é ignorar lo que en su época no se sabía. Seamos justos con ellos para que lo sea la posteridad con nosotros. Dios sabe lo que ella dirá de lo que hoy pensamos y hacemos. Puede ser que nos compadezca porque todavía tenemos gobiernos aunque nos llamamos libres, y porque todavía no conocemos modos de viajar más rápidos que los ferrocarriles y los vapores; pero desde ahora protestamos, á nombre de la generacion actual, contra las generaciones futuras, si por eso nos han de llamar bárbaros y malvados. Compadézcanos cuanto quieran porque no sabemos más que lo que sabe nuestro siglo; pero que no nos insulten ni ultrajen nuestra memoria; porque la verdad es que nosotros no podemos saber más que lo que se sabe en nuestro tiempo; que de buena fe lo enseñamos y propagamos, y que no se nos debe acusar de no saber lo que se sabrá dentro de tres ó cuatro siglos. Pues lo mismo son nuestros antepasados del siglo XVI respecto de nosotros.

Para ventilar estas cuestiones lo mismo debe ser

un español que un mexicano. La verdad es una, la justicia igual para todos, y las reglas del criterio no son diferentes para los que han nacido aquí ó allá. Los mexicanos que descenden de los conquistadores, pueden tener algun interes en pintarlos mejores de lo que fueron; nosotros que no somos sus descendientes, no tenemos ese interes tan vivo; los extranjeros no tienen ninguno; y sin embargo, tan imparciales debemos ser los españoles como los mexicanos y los extranjeros cuando se trata de buscar la verdad en la historia y de hacer justicia á quien la tenga. No es pues exacto decir que si nosotros nos desprendiéramos de nuestro carácter de españoles, pensaríamos en esto como mexicanos. La nacionalidad no debe pesar para nada en la balanza de la justicia, y nosotros pensamos y escribimos ahora como si no fuéramos españoles.

« Despójese á la conquista, dice el señor Esteva, de sus atavíos novelescos, de la poesía que le prestan los siglos trascurridos, de los atributos del genio épico y religioso; y no quedará mas que un cuadro de sangre y de tinieblas, una página de horrores..... » ¿Y quién nos da derecho para despojar de todo eso á la conquista? ¿Por qué le hemos de quitar lo que es suyo? ¿Por qué hemos de mutilar la historia? En efecto, si á la conquista le quitamos su grandeza, su carácter épico y religioso, sus fines civilizadores, su inmensa trascendencia, su poesía, no quedan mas que horrores. Pero ¿con qué dere-

cho, repetimos, le habríamos de quitar esos atributos, que son su móvil, su objeto, su adorno y su esencia? Si valiera esa observación, no habría empresa humana que no fuera ruin, mezquina y horrorosa. Quítese su grandeza, sus fines humanitarios, su poesía, á todas las revoluciones modernas en favor de la libertad; y no quedarán mas que matanzas y lagos de sangre que serian la vergüenza de nuestro siglo.

No, no nos es lícito despojar de su carácter á las grandes empresas ni robar á la historia sus galas, para presentar á la vista del mundo repugnantes esqueletos: y pues que la conquista tuvo el carácter poético de una epopeya y el carácter religioso de una Cruzada, tronemos, si nos place, contra eso, y digamos que eso precisamente la hizo inicua; pero no se lo quitemos, porque es suyo.

Hace justicia el señor Esteva á Cristóbal Colon y á doña Isabel de Castilla por el descubrimiento del Nuevo-Mundo. Recuerda la estupidez de los teólogos de Salamanca, que negaban la existencia de los antípodas; sobre lo cual solo diremos (y no porque fueran de la famosa Universidad española) que en esto no estaban mas adelantados los teólogos de aquel tiempo en otras partes. Repite que la conquista fué inicua, y el gobierno de los vireyes tiránico, torpe, mezquino y afrentoso; y en seguida vuelve á hablar de Hernan Cortés para negarle de nuevo el título de héroe, porque no hubo en su ca-

rácter una rectitud *suma*; porque no fué grande hazaña vencer con corazas y armas de fuego á los indios mal armados y desnudos, porque se valió del engaño, de la crueldad y del dolo; porque cometió perfidias y tuvo flaquezas.

Ya hemos dicho otra vez que no hay héroes perfectos en la historia humana, porque el heroísmo perfecto consiste en poseer y practicar todas las virtudes en grado sublime, y ningun mortal ha llegado á tanto.

A los ojos de la razon más valen los inventores de cosas útiles que los héroes guerreros, y mejor es el fundador de un hospital que el soldado valeroso que le llena de heridos. A los ojos de la religion son mas recomendables los fundadores de instituciones caritativas, que los grandes conquistadores, azote de la humanidad, que inundan la tierra en sangre. Pero no se trata de esto: se trata de ver si Hernan Cortés merece el título de héroe, y para esto hay que ver si sus virtudes y sus hechos corresponden á las ideas universalmente recibidas sobre el heroísmo; no si está exento de mancha como los santos, los filósofos y los filántropos. San Juan de Dios y San Vicente de Paul llevaron la caridad cristiana hasta el heroísmo, y no los llamamos héroes. Franklin y otros filósofos han dejado preciosas lecciones de moral y de virtud al género humano, y no son héroes. Jorge Peabody llevó la filantropía hasta el heroísmo, dando diez ó doce mi-

llones de pesos á los pobres; y no se le llama héroe.

Héroes son, segun vemos en las historias, y tambien en los poemas, los que poseen en grado eminente el valor, la pericia y la prudencia, y con estas virtudes acaban grandes y peligrosas hazañas, aunque las desluzcan con algun vicio, y aunque tengan algunas flaquezas propias de los hombres.

Es preciso no fijarnos solamente en las flaquezas y en los vicios para calificar á los héroes, y es preciso tambien penetrar en el móvil de los hechos heroicos para no tacharlos de necios ó de bárbaros. Quien solo vea á Aquiles enojado por lo de Briseida y arrastrando el cadáver ensangrentado de Héctor alrededor de los muros de Troya, no verá más que puerilidad y barbarie en el mas grande de los héroes de Homero. El que solo fije la atencion en Ulises, fingiéndose loco por no ir á la guerra, robando los caballos de Rheso y dejándose seducir por los encantos de Circe, no verá en este otro héroe del poeta griego más que un cobarde, un ladrón y un menguado. Manlio Torcuato mandando matar á su hijo porque habia dado la batalla, contra la prohibicion que tenia, aunque la habia ganado, y Guzman el Bueno arrojando su puñal al campo moro para que asesinen á su hijo, parecen hombres inhumanos y crueles que infringen las leyes mas santas de la naturaleza. Sin embargo, cuando sabemos que el romano lo hizo por un amor heroico á la disciplina y á la ley, y el español por heroica fidelidad

á su juramento y por amor heroico á la patria, los admiramos como unos héroes. Si nos cuentan que los habitantes de una ciudad la prenden fuego, y sin más ni más se arrojan á la inmensa hoguera con sus mujeres, sus hijos y sus tesoros, diremos que son dementes ó salvajes; pero si nos dicen que los saguntinos y numantinos hicieron esto por un amor sublime á la patria y á la independencia, diremos que fueron unos héroes.

Nada mas fácil que rebajar hasta el suelo la colosal figura de Hernán Cortés negándole las virtudes que tuvo y abultando sus vicios. Con decir que su empresa fué llana y fácil, ya se le niega el valor; y con llamar perfidia y dolo á su pericia y prudencia, ya queda el héroe convertido en ruin y cobarde. Es injusto tergiversar así los hechos que nos han transmitido la tradicion y la historia.

No fué fácil la empresa, no. A pesar de las corazas, de los caballos y de los arcabuces, se necesitó gran corazon para penetrar con un puñado de hombres en un país desconocido, y mayor aún para avanzar por él cuando se vió que era un poderosísimo imperio poblado por muchos millones de hombres tan esforzados y valerosos como los que venían á conquistarlos. No era fácil aquello, no; y menos desde que comprendieron los indios (y fué muy pronto) que los caballos no eran monstruos, ni los arcabuces rayos celestes, ni los españoles inmortales. No fué fácil aquella empresa; y

menos todavía desde la *Noche Triste*, en que no les quedó á los españoles una sola arma de fuego, pues todas quedaron en aquella ocasion hundidas en la laguna. Ni una sola tenian cuando en Otumba se vieron envueltos por un mar de enemigos, y se salvaron por la prevision, la astucia y el arrojo personal de Cortés. No fué fácil la empresa desde que el heróico Cuatimotzin se puso al frente de los suyos y defendió la ciudad palmo á palmo con encarnizamiento inaudito, y no se dió por vencido sino despues de haber visto perecer sesenta mil de sus indómitos guerreros.

Bien conoció Cortés que no era fácil la empresa, cuando temeroso de que los suyos desmayaran, aunque eran hombres de hierro, á la vista de sus dificultades y peligros, quemó las naves en Veracruz para quitarles toda esperanza de regreso y obligarlos á vencer ó morir en la demanda.

Nosotros hemos recorrido una parte del camino que trajeron los conquistadores, y hemos podido calcular la situacion en que se encontraron en ocasiones solemnes. Al salir un dia de entre las montañas de Tlaxcala y ver á lo lejos la pirámide de Cholula, pensamos que así debió verla Cortés en cuanto penetró en la llanura con su puñado de hombres, harto mermados ya por las terribles batallas que le habian dado los valerosos guerreros de la antigua república. Sí; el capitan español vió sin duda la inmensa pirámide desde aquel mismo sitio,

y al pié de ella las cuatrocientas torres de la ciudad sagrada de los aztecas. ¡Quién sabe si al ver aquellas señales de fuerza y de poder, algunos de los suyos temblaron y palidieron! Pero él siguió impertérrito adelante hasta meterse por las puertas de la inmensa ciudad, donde tuvo que castigar severamente aquella famosa conjuracion, por ser indispensable un terrible escarmiento para su seguridad y para el logro de su empresa.

Otro dia Hernán Cortés y los suyos, avanzando hácia México entre los dos volcanes, despues de haber escogido el camino lleno de maleza y estorbos, en lugar del que ocultaba una estacada bajo su tersa superficie, se encontraron de repente, al dar el primer paso en esta vertiente de las montañas, con el extenso valle ante sus ojos. ¡Qué espectáculo aquel! Por un lado Texcoco con sus palacios; por otro Ixtapalapa con sus jardines; allá Xochimilco, allí Coyoacan, acá Tacuba; cien y cien ciudades populosas; y en medio de ellas la soberbia Tenoxtitlan, la Venecia del Nuevo-Mundo, con los inmensos palacios de sus reyes, con los magníficos templos de sus dioses, con todo el esplendor de soberana. ¿Qué hicieron aquellos hombres? Nada. Paráronse un rato á contemplar aquel panorama espléndido, aquellos lagos de plata, aquellas ciudades pintorescas, aquellos jardines babilónicos: lo admiraron todo y lo describieron despues, aunque rudos, como verdaderos poetas; y

en seguida continuaron su marcha, sin curarse de que en medio de aquellas magnificencias que alcanzaba su vista, en el radio de aquel primoroso valle, hervia una poblacion de cinco ó seis millones de almas, que pedian hacerlos pedazos en un momento.

Despues ya hemos indicado lo que sucedió, y no hay para qué repetirlo: batallas tras de batallas, y al fin el triunfo del valor y del genio, siendo todavía un problema no resuelto por los historiadores, si el éxito de la empresa se debió más que al valor guerrero, al talento político con que el conquistador supo atraerse aliados que le ayudarán, entre los indígenas que aborrecian el yugo del imperio azteca.

Para juzgar imparcialmente de aquella empresa; suponed que acomete otra igual y con las mismas circunstancias un hombre de nuestros dias; suponed que no se llama Hernan Cortés, sino que tiene cualquier otro nombre, por ejemplo, el de Garibaldi; suponed que no viene con españoles á conquistar tierras en América, ni á extender la religion cristiana, ni á derribar templos de ídolos, sino que va con hombres de cualquiera otra nacion á derribar un rey de nuestro tiempo, extirpar lo que se llama supersticiones religiosas, demoler los templos cristianos, y establecer la república y la libertad democrática; suponed que ese hombre no lleva más que trescientos ó seiscientos hombres; que tie-

ne que hacer prodigios de valor porque son centenares de miles los que le salen al encuentro; que astutamente atrae á su bandera á los republicanos del país invadido, los cuales le ayudan por odio á su tirano; suponed, en fin, que ese hombre logra su objeto, no sin haber fusilado buen número de fanáticos y realistas que le ofendian ó le estorbaban; ¿qué diréis de él? Diréis que es un héroe, porque con su talento y su valor hace grandes cosas por la libertad y la democracia.

Pues bien; Hernan Cortés y sus compañeros amaban tanto la religion como nosotros la libertad; y pues alabais los hechos de los que por ésta luchan con heroismo, no es justo que rebajeis los hechos heroicos de los que lucharon por aquella.

Poco importa que Hernan Cortés supiera ó no latin: nosotros no lo dijimos en són de alabanza, sino más bien por puro pasatiempo, y por el gusto de citar las sencillas palabras del bueno de Bernal Diaz, especialmente por aquello de las coplas en verso y en prosa.

Ciertas flaquezas del héroe no merecen citarse como borrones de su gloria. Alejandro Magno es el tipo inmortal de los héroes, á pesar de haberse dejado cautivar por los hechizos de Barsene, de Thafs y de Campaspe. Por lo demas, no sabemos nosotros eso del harem de indias, y lo tenemos por un cuento. En cuanto á los amores con doña Marina, no parecen sino un galante capricho de la

historia, que ni siquiera quiso dejar á la poesía el trabajo de inventarlos, para que la hazaña de Hernán Cortés fuera una verdadera epopeya.

No esperamos que el señor Esteva se dé por convencido con esto que decimos nosotros; pero él se convencerá á sí mismo con el tiempo, cuando se haya olvidado esta polémica y él medite á sus solas sobre el destino providencial de las conquistas, evoluciones y trasmigraciones que forman el conjunto de la historia humana. Tratándose de las novelescas aventuras españolas del siglo XV y del siguiente, nadie mejor que él puede comprender y apreciar, con su alma de poeta, con su corazón bizarro y con sus costumbres de caballero, la poesía de aquellos hechos, el valor de aquellos hombres y el espíritu caballeresco de aquellos siglos.

Ha salido este artículo mas largo de lo que pensábamos. Con esto serán ya mas cortas las réplicas que hagamos á los otros del *Federalista*.

(LA IBERIA de 26 de Abril de 1871.)

CUESTIONES HISTÓRICAS.

VIII.

Nuevos ataques del señor Esteva á Hernán Cortés y sus compañeros.—Contestaciones.—Los cronistas del siglo XVI.—Sencillez con que contaban lo bueno y lo malo de los conquistadores.—Historiadores modernos: Clavijero, Prescott, Solís.—Elogio de Prescott.—Datos de diferente origen que tuvo á la vista para escribir sus obras.—Su historia de la conquista de México.—Es admirador de Cortés.—Se rechaza una opinion de don Fernando Ramirez sobre Prescott.—Sobre la ambición de riquezas y de gloria en los conquistadores.—Pedro de Alvarado.—Su valor, sus defectos, sus faltas, su proceso.—Lo que este significa.

Nuestros lectores verán hoy otro artículo del señor Esteva publicado en el *Federalista*, ó por mejor decir, la continuacion de su artículo II sobre estas cuestiones.

Insiste en que Hernán Cortés y sus compañeros fueron hombres feroces, que se mancharon con espantosos crímenes y con repugnantes vicios, y dice

1 Véase la nota anterior.

que sus hechos merecen la reprobacion de todos los hombres honrados.

Para contestar cumplidamente á esas afirmaciones absolutas, necesitaríamos escribir la historia de aquella época, ó reproducirla, porque escrita está, y no podemos hacerlo en estos artículos. Nos referimos pues á lo que hemos manifestado anteriormente sobre el deber que tienen los que estudian estas cuestiones, para no exponerse á formar juicios desacertados é injustos, de no fijarse únicamente en lo malo de los hechos y de los personajes.

Ya hemos dicho nosotros que los conquistadores no eran inmaculados y que la conquista se manchó con grandes excesos como todas las conquistas; lo cual no impide que ellos fueran hombres verdaderamente extraordinarios, y su obra una de las mas grandes y gloriosas que registran los anales del mundo.

Los cronistas del siglo XVI y siguientes no *confesaban* los excesos de los conquistadores; los referían, los contaban simple y sencillamente, sin que les costara ningun trabajo; no eran *confesiones* arrancadas á la fuerza y hechas á despecho de los que escribían; eran la simple exposicion de los acontecimientos y de la conducta de los hombres que los realizaban: y una vez que al lado de malas acciones y de lamentables vicios encontramos en sus crónicas la relacion de grandes virtudes y de claros hechos, no hay razon para que obstinadamente fije-

mos la vista en lo primero, apartándola con la misma obstinacion de lo segundo.

Con la misma imparcialidad, aunque no acaso con el mismo candor con que los antiguos cronistas dijeron la verdad, la han dicho despues los historiadores formales como Clavijero y Prescott; y no citamos otros, como Solís, porque su obra es un panegírico del conquistador, y no deben ser esto las obras históricas.

De Prescott hemos oído siempre decir, y así lo creemos, que es el historiador de mas conciencia, mas exacto y verídico de cuantos han tratado las cosas de América. Solo puede compararse con él en esto, así como en el talento, laboriosidad y demas cualidades que deben adornar al historiador, su compatriota y contemporáneo Washington Irving.

Dice el señor Esteva que Prescott bebió en fuentes españolas, y que consultó á Alaman y al conde de la Cortina que eran españolizados.

Prescott recogió y tuvo á la vista todas las crónicas, historias y documentos, impresos ó manuscritos, que existían hasta su tiempo sobre el asunto de su obra, ya de origen español, ya indio, ya mexicano ó extranjero; y si consultó á los citados personajes, él era hombre de criterio propio y no se dejaba llevar de informes apasionados, si tales fueron los que le dieron y si es que le dieron algunos. Por razon de su nacionalidad, de su educacion, de sus opiniones políticas y de sus creencias religiosas,

no podía ser mas amigo de los conquistadores que de los conquistados, y por su carácter recto y justo, además de dulce y apacible, nunca tuvo odio á los indios ni á nadie. Su permanencia en Madrid le sirvió sin duda para conocer á los españoles y hacerles justicia, mas no para apasionarse de modo que torciera en favor de ellos la justicia histórica. En fin, no hay mas que leer su historia de la conquista para conocer dos cosas: que él puso la última mano en este asunto y le agotó de manera que ya no habrá que tocarle; y que refirió con austera verdad los hechos sin desfigurarlos para bien ni para mal, y sin ponderar mas de lo justo las virtudes y los vicios de sus personajes.

En consecuencia, si Prescott es admirador entusiasta de Cortés, no lo es sino porque le encontró admirable, despues de haber estudiado y contemplado su gran figura por espacio de diez ó doce años, que este tiempo tardó en arreglar los materiales para su obra y en escribirla.

No importa que el señor don Fernando Ramirez le tachára de parcial. Por mas respeto que su talento y su sabiduría nos merezcan, bien podemos atenernos al voto de otros sabios de América y del mundo entero, que califican á Prescott de historiador leal y verídico y le tienen por una de las mas grandes glorias literarias de su patria.

Triste cosa es que el escritor norte-americano haya pasado cincuenta años de su vida haciendo

viajes, registrando archivos y revolviendo carcomidos papeles para encontrar la verdad histórica, y que despues de haberla consignado lealmente en sus obras inmortales, se diga que es historiador infiel é indigno de crédito porque encontró algo ó mucho que alabar en los conquistadores de América!

La sed de oro y de honores dice el señor Esteva que fué el móvil de Hernán Cortés y de sus compañeros, es decir, la ambicion de riquezas y de gloria. Algo más que esto había en aquellos hombres extraordinarios, cuando tan gallardamente exponían su vida en sus temerarias empresas; pero suponiendo que no hubiera más que esto, ¿qué razon habria para censurarlos? Los que horadan los Alpes, los que abren el istmo de Suez, los que tienden los telégrafos eléctricos al través del Océano, los que construyen ferrocarriles y establecen líneas de vapores, los que suben hasta la cima de los Andes ó navegan hasta los hielos del polo para extender los dominios de la ciencia; todos los que llevan á cabo esas grandes obras que son al mismo tiempo la bendicion y la gloria de nuestro siglo, todos lo hacen por adquirir riquezas ó por amor á la gloria, ó por ambas cosas juntas, sin que por eso dejen de ser justamente alabados. ¿Por qué hemos de censurar esos mismos móviles y aspiraciones en los conquistadores de América, suponiendo que no tuvieran otros?

Carga la mano el señor Esteva en Pedro de Al-

varado hasta decir que era cobarde. Todo menos que esto puede inferirse de lo que dicen de él los cronistas y de lo que consta en su proceso encontrado hace veinticinco años. El valor era innato en él; pero esta cualidad era tan comun en los aventureros de su tiempo, que no se puede citar como alabanza. Era imprudente, fogoso y arrebatado, y de estos defectos de su carácter procedió todo lo malo que hizo. Lo peor de todo fué la matanza de los aztecas nobles en el templo; barbarie que condenaron todos sus contemporáneos, que afligió á Cortés más que á ninguno, y que la posteridad no puede perdonarle, por más que sus hazañas caballerescas parezcan deslumbradoras.

No nos incumbe la defensa de Alvarado: solo diremos, para concluir por hoy, que pues se le formó á él un proceso y no á otros, no fueron entonces tan generales, como algunos dicen, las pulpas que él cometió, ni el gobierno de España tan inmoral que dejara siempre impunes á los que las cometían.

(LA IBERIA de 28 de Abril.)

CUESTIONES HISTÓRICAS.

IX.

Hechos atroces de las conquistas.—Fueron crímenes individuales.

—Pintura fantástica de aquellas atrocidades.—No es esto la historia.—Parcialidad é injusticia.—Iniquidades cometidas en la Española.—Ovando y sus cómplices.—La corona de España no hizo esclavos á los indios.—Cédulas contra la esclavitud.—No impusieron los castellanos el cristianismo por el hierro y el fuego.—Intolerancia en España, tolerancia en América.—Reyes tiranos en España, no en América.—Felipe II.—El visitador Muñoz.

Hoy reproducimos otro artículo publicado por el señor Esteva en el *Federalista*.¹

Sigue hablando de Alvarado, y recordando hechos que presentan á aquel conquistador como un monstruo, dice que émulo suyos en la maldad fueron sus compañeros. Pinta con vivísimos colores las espantosas crueldades ejercidas con los indios en Santo Domingo, en México y el Perú; y recuerda

¹ Véanse las notas anteriores.